

*Viento de Mallines* nos presenta, de otro lado, a Mariano Latorre con ribetes de humorismo templado en un irónico escepticismo, que afina en esa confianza tan personalísima y honrada que ha obtenido en el trato con las cualidades de la raza y su paisaje. Es una causticidad peligrosa, en su misma inofensividad, para quienes sólo conciben la acción de gracias por nuestra tierra... Y, por último, este libro lleva un pequeño contra-tiempo: los lectores, entregados a la rapidez y brillo de su desarrollo, creen descubrir sus calidades a la primera lectura... y ello es falso. Mariano Latorre nos sorprende con algo difícilmente fácil, y vale tenerlo en cuenta.—GERMAN SEPÚLVEDA.

<https://doi.org/10.29393/At231-132VAAD10132>

EN EL VIEJO ALMENDRAL, por *Joaquín Edwards Bello*

En un volumen perteneciente a las ediciones «Orbe», integrado por 635 páginas y setenta y un capítulos, se desenvuelve esta autobiografía que el autor atribuye a Pedro Lacerda y Alderete. Esta atribución se verifica por medio de un prefacio escueto, sin originalidad, que no es sino una sombra o calco de aquel que pusiera Dostoiewski a su obra «La Casa de los Muertos». Pero los defectos de este prólogo, sólo son accidentes de importancia para un poeta o estilista, mas no para el lector amorfo, invisible, para el cual será, a lo sumo, un mosquito en la frente de una estatua.

Los sucesos narrados por Lacerda y Alderete, hermano siamés de Joaquín Edwards Bello, acaccen en Valparaíso, Quillota, Viña del Mar, Santiago, Talcahuano y Bolivia. Como se puede apreciar, el anfiteatro de su acción tiene poco de «viejo Almendral» (un barrio de Valparaíso); éste, a lo más, actúa como puerto de matrícula en el que Pedro tiene su domicilio, y desde el cual sale y retorna en sus nerviosos ajetreos por un pequeño y financiero mundo.

Es una biografía sui generis, de la niñez, adolescencia y primera juventud de un personaje, vista, pesada y sopesada retrospectivamente, por un sinnúmero de anotaciones de psicología individual y social que constituyen un importante y anárquico aporte a la valoración del sexo, la educación y el carácter de los chilenos en cuanto a nación, a pueblo.

El libro está escrito en un lenguaje denso, sintético, que no alcanza a erigirse en estilo, por ser una masa informe, aun no laborada; plasma vivo, pero en bruto. Sus ingredientes, o con más propiedad sus antecedentes, serían, poco más o menos: prisa de periodista o corresponsal en viaje, (en el caso que nos ocupa a Bolivia), una pronunciada negligencia como de hombre de indias y una mohina pero sobria agudeza, acaso de hebreo.

Los capítulos intitolados: «Recuerdos Confusos»; «El Piano y el Jardín» y «El Mac-Kay», vale decir los tres primeros, que suman 31 páginas, son francamente inaceptables desde el punto de vista de la puntuación, de los períodos, del léxico y su armonía, del estilo, en una palabra. He aquí un ejemplo: «Una noche, durante esas vacaciones, me llevó mi padre al teatro del pueblo, un amplio espacio algo rústico, de suelo pelado, donde habían puesto sillas y entarimados simulando palcos, plateas, lunetas y galería. El proscenio sin telón tenía un decorado de fondo como de fotógrafo, a brocha gorda. Las luces consistían en lámparas y faroles chinescos a profusión. El cura saludó a mi padre cuando llegó y nos colocó en sillas centrales al lado de unas damas de la sociedad quillotana. Se trataba de recoger dinero para la iglesia cuya construcción no terminaba nunca. Después de algunos números de canto rifaban juguetes y un pavo muerto y adobado. Era un ambiente social algo excitante a causa de las rifas y desentonaba con las vacaciones», etc. (Pág. 47).

Descripciones de periodista roído por los minutos y las linotipias; de fatigado cronista que aun conserva una memoria

vivaz. En otras oportunidades, la imperfección se fragua en una tentativa de ágil cepa estilística, pero frustrada. Es el caso de párrafos acelerados, con marcado aliento cinematográfico. No están desprovistos de nervio, pero para ser lo que el autor quiso que fuesen, requerían una técnica, un estudio más sereno. El idioma es como los organismos vivos, no se entrega ni ajusta fácilmente. Los músculos de un codiciado cuerpo, en sólo horas, no se desarrollan según los cánones de la fuerza y la esbeltez. He aquí otro índice de lo expuesto: «El día 1.º Perpetua recibía su sueldo y era una fiesta para ella y para mí que la acompañaba a comprar. Esto duró hasta cuando yo era grandecito. El cielo invernal era blanco, de una gran blancura de leche que rociaba los cerros. De las peluquerías trascendían olores a sábado y salían hombres afeitados y peinados con quina de sábado. Lavanderas entregaban ropas; señoritas entregaban en los baratillos y salían encendidas por los piropos turcos y españoles. El puerto estaba enervado por el deseo de locuras de sábado, perfumadas en chichas nuevas y vinos de rubí. Niñas pintadas aparecían en las puertas del pecado. Perpetua me apretó la mano presintiendo la influencia del sábado, y me dijo, etc. (Pág. 101).

Sin embargo, constatar estas graves deficiencias en Joaquín Edwards Bello, nos duele y sobremanera. Ellas involucran quizá ¡cuántos desencantos, cuánta larga, vana y estéril prueba moral en un medio, como el nuestro, que no ha sido sino un ciclopeo y ciego muro para todas las manifestaciones de la alta cultura y, por ende, apto sólo para políticos con tórax de falenas!

Porque no reside en el entendimiento del novelista una miopía innata, una tara lexicográfica para traducirnos sus apasionadas síntesis en un bello y ajustado decir; no, por el contrario, esta obra suma numerosos testimonios en que Edwards Bello se acredita, fugazmente, como un valioso señor del lenguaje. He aquí algunos: «En los cerros abundan las arañas de

aspecto repulsivo: grandes, con patas velludas, con el vientre esponjado y los ojos fabulosos». (Pág. 15). «Los castellanos cantaron a Chile en octavas reales y lo edificaron en líneas austeras de orden franciscano». (Pág. 45). «No obstante la intención de denigrar las costumbres nacionales, yo la escuchaba como si asistiera a una ópera en prosa. Tenía la costumbre de mandar, casi un vicio. El pan a la izquierda, el queso en su quesera, la mermelada y cada cosa en su sitio. En medio de las pinturas claras, la limpieza, los espejos y la perrita fina, se descolgaba en la casa una sensación de incertidumbre y de miedo. Nos deslizábamos en puntillas: hablábamos en voz baja y nuestra voluntad era agua que se escurría por mil roturas». (Pág. 375). Finalmente, en el capítulo intitulado «El Viento en el Corazón», verifica un agresivo corolario de Florita, personaje, conjuntamente con otros, capital de la obra. Es una sátira de poderosa y pujante ley. Expresa: «No era perla. Era una pavita de esas que crían las Monjas con agua bendita para venderlas a los ricos». (Pág. 337). Empero, en algo nos evoca este otro aforismo de Pablo de Rokha, vertido en su «Canto de Trinchera»: «el verdugo y el esbirro se bañan en agua bendita». Mas, ¿de parte de quién está la prelación o coincidencia cronológicas? No lo sabemos, ni importa saberlo.

En lo que concierne a la ejecución de «En el Viejo Almen-dral», su sola lectura, al margen de un análisis de moroso puntillista, nos ha llevado a constatar una secuela de repeticiones defectuosas que no deben ser sino la resultante de una actitud de descuido y prisa. En tal virtud, en la página 157, Pedro nos afirma que cuando tuvo conocimiento de su parentesco con doña Florencia, fué a mirarse «en el espejo del ropero paterno para ver si alguno de (sus) rasgos faciales coincidía con los de ella». Esta aguda observación psicológica, acerca de la reacción de Pedro, en dicho trance, debió haber sido consignada en otro capítulo anterior, en donde el novelista se refiere con más acucioso acervo de detalles sobre este mismo punto. Pero, como

en dicho capítulo no consignó este acto de Pedro, fué impotente para darnos la verdadera sensación de la inquietud de su personaje en tal sentido.

Del mismo modo, en la página 375, nos dice que doña Florencia, «tería la costumbre de mandar, casi un vicio», para luego repetirnos en la página 377 que «Doña Florencia era categórica; no admitía términos medios y, en suma, su natural le mandaba absorber y mandar».

Luego en el curso de estas repeticiones, en la página 403, nos afirma que «Doña Rufina había dejado de ir a la casa (de Pedro); la irritación que le producía a doña Florencia esa amiga de nosotros era tan fuerte que no podía disimularla», etc. Pero en la página 409, estampa idénticos conceptos: «Doña Rufina no había vuelto a presentarse en casa: mi tía y ella se detestaban».

A don Pancracio Bonaparte, dedica un capítulo especial y en dicho rubro nos consigna su gesto, su rasgo francamente medular. Por ende nos dice que «su cualidad más notoria, dentro de su locura, consistía en saber conectar cualquier orden de ideas con Napoleón. Así se hablara de la puesta del sol, del itinerario de los trenes, de la perilla del catre, él se daba mañas para enchufar con la existencia de su héroe». (Pág. 278). El capítulo involucra un humorismo tremendo, delicioso, pero al novelista, a esta altura de la obra, ya se le había olvidado que este personaje tiene en ella una actuación anterior y que, previamente, ya nos había revelado la clave de su psicología.

Mas, yendo a la última de estas equivocaciones en la página 468 podemos constatar que el padre de Pedro, antes de morir le llamó, y aquél pudo constatar con dolor y sorpresa «que se había levantado y vestido de negro». Empero, en el capítulo siguiente, en la página 473, nos dice que: «Perpetua (la criada) vistió el cadáver y lo puso en la sala mayor, o salón, entre velones y flores».

\* \* \*

Un aspecto básico y de valía «En el Viejo Almendral», es su ideario en relación con la República, y versa sobre tres tópicos: la educación, la mujer y la cuestión social.

En lo que concierne al primero, nuestro Liceo, según el patrón que poseía en 1900—, y que acaso sea, poco más o menos semejante al de hoy—, es el que recibe el relampagueante peso de sus ataques. Expresa: «Idea de mujeres parece ser la de amedrentar a los niños para que se hagan duros. Idea de viragos es el lema «por la razón o la fuerza». Los resultados suelen ser exactamente contrarios. El toro más bravo es aquel que se cría en la soledad y la alegría de las praderas. Ningún americano célebre salió de una madriguera de educación represiva. El Liceo es la antítesis de la exploración, de la navegación y de la invención. No deja un resquicio al niño para que imagine de su cuenta, ni escoja un oficio con alegría». (Pág 55).

Fundamenta este punto de vista en una imagen viva. «La camiseta de lana mató al fueguino», vale decir que un sistema cultural importado y mal adaptado, es una camisa de fuerza intelectual, y prosigue: (volviendo a su imagen favorita): «La idea de hacer hombres duros, de empuje y de rompe y rasga, debía producir lo contrario, esto es, hombres resabiados. El caballo que resbala y cae en el puente, lejos de perder el miedo se vuelve mañoso y no resiste a enfrentar el mal paso. En el Liceo y en las escuelas de milicia hacían pelear a los nuevos para que los más fuertes les rompieran las narices. Los hombreros del Liceo no se atrevían a tomar clase de piano para evitar que les llamaran maricas. Este concepto de hombría, dirigidos por mujeres en libertad de opinar y de mandar, imperó durante el siglo pasado. La severidad en la arquitectura, hasta lo monstruoso, es la fachada de los pueblos de hombres cohibidos. Las mujeres no aman la imaginación, ni sus agentes, que son los juglares y poetas. El Liceo, trazado sin imaginación,

aparenta la simetría de las viejas cárceles». (Pág. 54). Mas, siguiendo la columna vertebral de su pensamiento, su intelecto desemboca en el siguiente e inevitable corolario, insistiendo, esta vez, en su caro ejemplo del fueguino: «La cultura europea importada, produjo tantos estragos en los niños como las enseñanzas de monseñor Fagnano, en la Tierra del Fuego, produjeron en los indios. Miles de indígenas murieron tísicos. Nosotros no perdimos la vida pero sí la voluntad, la iniciativa y la originalidad. Se libraron solamente los rebeldes. La idea de los importadores de métodos alemanes era simple y falsa; consistía en esto: «Alemania es una gran nación, luego Chile será una gran nación, si adopta métodos alemanes». (Pág. 266).

Por nuestra parte, antes de poner en la balanza espiritual y crítica estas afirmaciones, creemos que se precisa traer a colación otros argumentos de Joaquín Edwards Bello, sobre el particular. Hay numerosos conceptos que involucran desafecto franco, hostilidad hacia el saber. Una pasión muy española y contradictoria frente a la cultura. «Los profesores—añade—, al referirse al problema de las vocaciones, se niegan a notar las diferencias y pretenden obtener una sola nota, la del niño atacado de miopía precoz, la del monstruoso niño enciclopédico, enclenque, angosto de espaldas y cargado de libros. La gloria de los papás imbéciles. La nota unísona es mu u u u... El mu del buey enciclopédico que más tarde se volverá parásito fiscal. El Liceo hará fracasar a la industria y el comercio, por cuanto los fracasados vivirán a costillas del éxito de una minoría. Toda empresa nacional próspera se verá atacada por los parásitos de los liceos y colegios parecidos». (Pág. 61).

A continuación exhibe su falta de fe en los métodos, doctrinas o dogmas. Desconoce la misión histórica de las ortodoxias y heterodoxias, base de toda civilización en sus relaciones con la técnica, ya que son los motores que producen la mística y finalidad del progreso, los grandes movimientos psicológicos de

los pueblos. Sin embargo, nos dice que: «a ningún niño en el mundo le agrada introducir guarismos y fechas en el cráneo. Pero es preciso armarnos para las luchas de la vida ¿Armarnos de qué? De tretas, de sonidos especiales, de dogmas para poder embaucar mejor a los rivales y vencerlos. El que no estudia será derrotado por los estudiosos: a veces ocurre lo contrario. El mayor experto de arte de Nueva York, millonario en dólares, es un chileno que no cursó más allá de segundo año; pero aprendió a bailar y a sonreír a las damas. Los más cerrados alumnos de mi época son diplomáticos, obispos y palos gruesos de la vida actual. Otros triunfaron a causa de la libertad en que le dejaron los padres «no respetables». La ausencia de miedo en sus hogares les permitió desarrollarse con mayor fe en ellos mismos. La enseñanza es una de las plagas del mundo, como el cáncer y la lepra: es lo antinatural. Los estudios nos embalsaman vivos, nos destruyen el aura americana». (Pág. 62). ¿Habla una subconsciente lengua ibérica y feudal por intermedio de estas palabras tan poco sensatas? ¿Son acaso, paradojas? ¿Puede confundirse la injusticia económica, la eficacia de la alta cultura, con la astucia, la pillería o mera audacia o talento naturales del analfabeto que triunfa en sociedades aún tan imperfectas como las nuestras, tan brutales y bárbaras, por falta de refinamiento y justicia social en estos acervos humanos?

Es así como esta ausencia de confianza, de fe en la cultura, tan impropia en un escritor, le impele a decirnos por los labios de su personaje (al cual otro alguno le contradice): «Yo no he estudiado nada. Gracias a eso conservo un poco de imaginación. Cervantes me interesa; pero tiende a volverse fecha». (Pág. 65). Y prosigue: «Soy inclinado a las trascendencias de la fantasía, antes que a las realidades raseras y tristes. Vagaba del brazo de madama Baccarat, en tanto el maestro apuntaba las verdades eternas e inútiles de los catetos y de la hipotenu-  
sa. Os aseguro que nunca me faltó el conocimiento de la hipo-

tenusa en la lucha cotidiana del pucherete». (Pág. 102). Luego añade: «No se conoce el caso de un matemático de oficio que invente algo útil para la vida de la sociedad; el matemático profesional es contemplativo. Cuando Edison pidió el concurso de ingenieros especialistas para que informaran respecto a la posibilidad de construir un tren eléctrico, el resultado fué negativo: le aconsejaron que desistiera. No había metal suficiente en el mundo». (Pág. 104).

Huelga decir que se trata de argumentos que no resisten el menor análisis serio. En efecto, ¿qué sería de la técnica, del progreso físico, químico, etc., sin los investigadores puros, sin astrónomos, sin matemáticos, verbigracia? Sin ellos, estaríamos aún como en la edad del Hierro. Y algo idéntico sucedería en el lenguaje, de no existir los poetas, que no son sino los investigadores puros del verbo.

Empero, su personaje, su doble, rigurosamente serio, insiste en estos menguados puntos de vista, y trae a la aguja de la controversia, ya no reflexiones, sino que ejemplos históricos. Oigámosle: «Dejé el Liceo y no me pesa. Creo que nadie debe estudiar lo que no le agrada. Los alumnos estudiosos agotan sus reservas de energías y en la edad madura no sirven para nada. No creo que un solo alumno distinguido sirva para otra cosa que para halagar la vanidad de los padres o de los profesores. He leído algo de la vida de Darwin y consta que este sabio era un flojo absoluto en las clases. Gracias a eso pudo trabajar como burro más tarde. Edison, Lord Byron, Humboldt, Goethe, fueron pésimos alumnos». (Pág. 462).

Finalmente, rememora su eficiente salud en un escarpado viaje que hiciera a Bolivia y la atribuye a que «entonces no conocía las fobias o males de la excesiva cultura». (Pág. 548). Pero el personaje aludido nos dice, refiriéndose a su padre: «que había comenzado a estudiar con pasión los libros de botánica y zoología del programa del Liceo. Los estudios que a

mí me aburrían eran del agrado de mi padre y le sorprendían como inventos maravillosos». (Pág. 275).

He aquí un testimonio de la osmosis cultural de nuestros Liceos y de su aporte al descubrimiento de las vocaciones: y he aquí también la totalidad de sus plantamientos en lo que concierne al Liceo y, por ende, a este aspecto de la cultura chilena.

\* \* \*

La mujer chilena ocupa un rol capital en la vida de la República, para Joaquín Edwards Bello. Es algo así como el solar de la nacionalidad, el coordinado polo magnético en un país sin alas, ni brújula. «En Oriente, donde mandan los hombres — expresa —, impera la sabiduría filosófica. China es el país pacífico de la tierra. Las fisiocracias pertenecen al dominio masculino. En Chile, las mujeres en libertad de mandar, dirigen sus hogares casi siempre solas. Esta virtud de las mujeres fuertes tiene graves inconvenientes. Hay otras causas profundas de origen biológico, pero no es el caso de insistir aquí. Claro que las damas chilenas no trajeron directamente los liceos y escuelas, ni sus sistemas. La influencia de ellas se ejerce de otra manera, y conviene recordar que por cada cien visitas a los profesores, a los colegios, 98 corresponden a las madres y no a los padres». (Pág. 52).

Edwards Bello, ha dado en llamar a este aspecto fundamental de la sociabilidad chilena, que es, sin duda, un aporte de valía para los sociólogos, «el problema de las mujeres en libertad». Trae a colación un ejemplo típico y pintoresco y casi con idénticas palabras a las ya transcritas, coloca a doña Juana Ross, en la luz y análisis de su linterna mágica: «Una mujer millonaria—corrobora—, invierte casi siempre el orden fisiológico de las cosas y de la sociedad. Hay problemas esenciales que solamente los hombres pueden resolver. La influencia de muje-

res en libertad suele engendrar errores profundos. Chile es un país de mujeres en libertad. El hombre se ha revelado invariablemente incapaz para dirigirlas y hacer de la feminidad una fuente normal de energías, como ocurre en las naciones orientales y en las mediterráneas. Doña Juana Ross manejaba a su antojo el Banco más próspero del país. Su marido y primo hermano fué el hijo de un hombre de negocios formidable, dueño del monopolio del cobre. Una vez viuda doña Juana, se convirtió en dueña de Valparaíso y manejó el dinero, como hacen casi siempre las mujeres, por estatismo y conservadurismo. La mujer es receptiva. América lo es en esencia y por eso las mujeres están más a tono con América que los hombres, cuya misión consiste en esparcirse, o darse, y no en recibir». (Pág. 159).

He aquí un aporte brillante. En efecto, la presencia en Chile de una industria ligera e inútil, la ausencia de una industria pesada, que será el futuro y columna vertebral de la República, la industria de las propiedades de arriendo, nadie duerme en nuestra patria en un metro cuadrado de tierra colectiva o propia, negocio que ha traído un enorme atraso urbanístico de las ciudades y la existencia de institutos de crédito que sólo prestan dinero a quien lo tiene, pueden, tal vez, tener por causa la que perfila Edwards Bello.

Empero, las naciones mediterráneas, vale decir España, Francia, Italia, Grecia, Yugoslavia, se encuentran hoy en una de las más lamentables decadencias que registra la historia. En cuanto a Turquía, país geográficamente mediterráneo, hizo un cuantioso esfuerzo por poner a la mujer en tren de libertad. Mas, en lo que se refiere a los pueblos orientales,—Egipto, Trípoli, Túnez, el Líbano, etc.—, no creemos que en la hora presente tampoco puedan servir de arquetipos favorables. Entonces, nos cabría preguntarnos: ¿la hegemonía que tuvo Chile en América del Sur, se debió en parte principal, a sus mujeres en libertad? Sin duda, que este es un problema aun no dilucidado,

La explicación que aporta Edwards Bello, sobre el 'predominio de la mujer en Chile, tiene su raíz en la sangre. Expresa: «Cuando era niño no podía darme cuenta del fenómeno del mestizaje y del imperio de las mujeres, que siempre salen victoriosas donde hay mestizaje por cuanto el extranjero importado puede prescindir de los machos mestizos, pero no de las hembras». (Pág. 186). Del mismo modo, según sus brillantes puntos de vista, la clave de sus afirmaciones también está en el clima y en los factores ya enunciados, sobre los cuales insiste. Retrotrayendo las cosas a los primeros años de este siglo, expresa: «En esos años comenzaba a producirse la sublevación de las mujeres en el mundo, a la cual Chile se había adelantado considerablemente, y sin necesidad de apoyo politiquero, a causa de la contextura fisiológica de la mujer, superior a la del hombre, por diversas razones. Desde luego, por la escasez de mujeres blancas durante la Conquista y la Colonia: por el espíritu aventurero del hombre; por la menor sensibilidad de la mujer frente al trauma del clima que en el hombre es considerablemente mayor y trae consigo trastornos nerviosos o chifladuras, inclinándole a los excitantes alcohólicos. En Chile impera el lema de origen femenino, brutal: «Por la razón o la fuerza», junto a otros destinados a menospreciar y hacer efímera la vida de los hombres». (Pág. 526). Y en cuanto al alcohol concierne, nos afirma que el símbolo eterno de Chile, también está íntimamente relacionado con la mujer chilena, pues este emblema, según su testimonio, no es sino: «la mujer sana que pasa por la calle apuntalando a un borracho». (Pág. 583).

Para la mujer y su psicología, frente a las hembras que engendra el sistema de latifundios, también hay alguna veloz observación. Es así como definiéndonos a Florita, hija de la alta sociedad, nos dice que: «era el tipo definido de la niña agresiva y decidida que produce la clase alta de latifundistas antiguos». (Pág. 528).

En contrapunto con el sistema de las mujeres en libertad que impera en Chile, según Edwards Bello, se refiere a las mujeres bolivianas, en parte antítesis de las nuestras, por el contenido andino y milenario que exhiben en su porte y costumbres. Desde luego, en aquel entonces, el comercio amoroso, era un asunto de la específica incumbencia de las chilenas. He aquí sus palabras: «Es Bolivia el país más interesante y quizás el más inteligente de América. Por lo mismo y por la calidad aristocrática del indígena, las mujeres permanecen fieles a ciertos ritos secretos y sutilísimas señales de raza que nos hacen sentirnos terriblemente foráneos. Esas mujeres, graciosas y refinadas, que veía en los mercados, usaban trajes regionales, botas altas, sombrero de estilo cordobés, trenzas y un sin fin de polleras, todo lo cual les daba un carácter aun más clausurado y alejador del forastero. La sola idea de ir deshojando a esas chollitas de sus polleras campanudas, para llegar al fondo de la alcahoña, era ya un imposible. Además de eso el pueblo de Bolivia conserva su idioma milenario de imágenes y de onomatopéyas, a manera de guardián de la pureza espiritual. Sea como fuere, el hecho consiste en que las chilenas son casi las únicas importadoras conocidas de tiendas de ilusiones. Por eso mismo las quieren o las odian». (Pág. 591).

Y, en último término, a modo de un bello bajorrelieve descriptivo, creemos que es muy digna de transcribirse la estampa, en que el novelista constata el vacío que llenan los sacerdotes, en un país donde las mujeres, según sus puntos de vista, viven al margen de una verídica autoridad marital. Nuevamente, es la efigie de doña Juana Ross, la que se sitúa en un primer plano.

«La figura máxima de la ciudad—nos dice—, doña Juana Ross, provenía de La Serena (habla con relación a Valparaíso). Instalada en la plaza y en el edificio ad hoc, de color verde, recordaba a la espesa y pequeña reina Victoria, sólo que su Lord Disraeli vestía invariablemente sotana. Otras veces, toca-

da con la mantilla española, negligente, en sus cabellos blancos, con su aspecto apacible y fondón, cruzaba la Plaza Victoria para ir a la misa tempranera del Espíritu Santo; con el aire de una madre superiora. No escapaba a la indiscreción terrible de los ojos apuntadores como escopetas. Un poco arisca e irónica, conservó de su provincia y del origen británico un desprecio por la gente santiaguina vanidosa, aparentadora y sin energías. Los sacerdotes tratan a las damas con aire dominante y altanero: para una mujer, habituada a los adulos y genuflexiones, esta actitud de los hombres, sin asomos de codicia carnal, lejana y orgullosa, debe ser una fuente de emociones novísimas. Los sacerdotes reemplazan en el ánimo de las viudas ricas la parte de presión masculina indispensable, aunque sólo sea lejana y espiritual». (Pág. 138).

\* \* \*

En «En el Viejo Almendral», como ya quedara planteado, hay una importante contribución al estudio de nuestra sociología, desde un punto de vista, ora etnográfico, ora psicológico, vale decir, desde los ángulos de la raza y el carácter chilenos.

El concepto de Edwards Bello sobre la lucha de clases en relación con la República, casi mueve a risa y es el más franco testimonio de la enorme ausencia de cultura política, en la casi totalidad de nuestros escritores. Sobre el particular, expresa: «En el colegio atishé la lucha de clases. Lucha de clases o envidia es lo mismo. Se trata de la fealdad contra la belleza en sus diversas formas; la indecencia contra la inocencia; lo obscuro contra la luz; el harapo contra la elegancia y limpieza». (Pág. 36).

A continuación adiciona estos conceptos al referirse al profesor de matemáticas, señor Valladares, maestro recién llegado a Valparaíso, que «comprendió—según lo afirma Edwards Bello—, que no pasaría de ser elemento secundario en la pobla-

ción de rápido crecimiento, donde la parte europea reside en el «plan» y la parte derrotada, de mestizos, se retira a los cerros de las quebradas. Estos hechos no dependen de injusticias de castas sino de desigualdades de naturaleza. Contra la derrota del pueblo por los extranjeros no habría nada más que un remedio brutal y quimérico: prohibir la inmigración. Para que una medida así no implicara desastres peores que la suplantación del mestizo por los extranjeros sería necesario encontrar una docena de prohombres geniales, capaces de fundamentar una patria pura, sacada desde dentro, sin alcohol, ni males venéreos, como la japonesa». (Pág. 83).

A pesar que «estos hechos no dependen de injusticias de castas sino de desigualdades de naturaleza», en la página 163, nos afirma que «la clase alta ha sido inmisericorde para destruir las artes populares mediante leyes, burlas y humillaciones. Se diría que la sociedad rica de origen vasco-británico no quiere ver en el pueblo indo-ibérico otra cosa que visajes viles, ridículos y corrompidos. Se resiste a ensayar la purificación y redención de la parte histórica y auténtica de América. Las mujeres son las portadoras del desprecio de lo más europeo por lo más obscuro. A fuerza de servir de blanco al desprecio y las burlas de los ricos, el pobre vive en un estado de autosugestión, de incapacidad física. En mi niñez la gente popular no osaba asomarse en los paseos ni en los espectáculos a la parte donde se ponían los ricos y los extranjeros. Los extranjeros aprovechan admirablemente el espacio abierto que les deja la lucha de clases en que ellos asumen el papel arrollador y triunfal».

Del mismo modo, confirma estas aseveraciones cuando nos precisa el concepto de «los ricos». Al hacerlo, utilizando al parecer una entrañable experiencia personal, nos dice: «Yo sabía que la madre y las hermanas de Stepton pertenecían a la «crema». Esta palabra idiota concuerda con la indiferencia divina de los ricos para el prójimo sin plata ni honores». (Pág. 507).

Mas, aunque Edwards Bello nos haya manifestado,— vol-  
vemos a insistir en ello—, que la vida mínima y desdolorosa en  
que vivieron y aun viven las clases media y obrera en Chile,  
se debe no «a injusticias de casta, sino a desigualdades de na-  
turaleza», nos manifiesta que al llegar a Santiago, en 1900, pu-  
do ver: «Docenas de niñas bonitas, en parejas o cuartetos, de-  
lante de sus ayas o madres, que pasaban por las calles y desa-  
fiaban las esquinas donde eran asaetadas por los galanes, risue-  
ños y despreocupados en la holganza de un eterno mediodía,  
como si todos se aprestaran a celebrar unas bodas de Cama-  
cho... y el Santa Lucía, en su frescura de acuarela, era la ci-  
ta de todos, o templo de Citeres donde la ciudad resume los  
juramentos nupciales. ¡Ah sí! la ciudad exhaló una distinción  
inesperada para mí». (Pág. 320).

Luego viene el resumen o síntesis de esta armoniosa vida:  
«Santiago era una sociedad de ociosos y en ello residía su ma-  
yor interés; abundaban los rentistas y los falsos agricultores,  
esto es, los señores que arriendan sus tierras o que dejan en  
ellas administradores para vivir a la bartola. Por eso flotaba  
un aire de fiesta, de holganza y pololco. Las mujeres practica-  
ban la industria casamentera, el misticismo y a veces la paste-  
lería; otras estudiaban música. Las ricas encargaban sus trajes  
a Europa. Los jóvenes estudiaban de preferencia leyes». (Pág.  
328).

En el plano de sus aseveraciones sociales, Edwards Bello,  
soslaya, con puño incisivo y valiente, un cúmulo de facetas que  
pertenecen, sin duda, a nuestra idiosincracia. Y es así como el  
vino tinto, los extranjeros, el juego, el mestizaje, etc., son ele-  
mentos en los cuales pone su dedo, como quien lo hace en una  
llaga.

En efecto, previamente, nos dice que «el roto está com-  
puesto de sangre india y española mezclada con tinto, siendo el  
vino su propia esencia». (Pág. 243). Luego, otro personaje eu-  
fórico, debido a las verdades que patentiza, exclama: «Soy na-

da más que un pobre chileno y aseguro que no hay expectativas normales fuera de los braguetazos y los expedientes. Yo no sé hacer guías ni monografías. Los negocios están en manos de unos pocos linceos. Una buena treta para prosperar consiste en poner una plancha de bronce en la puerta con nombre raro. ¡No sepan que nacimos en Valparaíso, cerca del estero Jaime! Aquí todo es farsa, puerilidad y snobismos. Llega míster X y todo va bien. Bancos, sociedades anónimas, minas, todo es ficción». (Pág. 447).

En lo que concierne a la capacidad y aptitud de las personas, condición que en Chile no pesa aún casi para nada, por cuanto sólo es capaz «ese que gana plata», al definir la Bolsa de Valparaíso, en 1900, exclama: «El Puerto en esa época, con sus negocios quiméricos, sus ostras, sus vinos y sus rincones galantes, era el marco apropiado para los caracteres expansivos y originales. El juego hacía salir el dinero de sus madrigueras. El dinero, encajonado en los despachos o metido en las fortalezas de los bancos, saltaba de unas manos a otras. Triunfaba el menos indicado; no se precisaban preparación ni talento. Tiendas, hoteles, caballerizas, studs, modistas de París, afloraban como callampas bajo la lluvia de oro». (Pág. 429).

Como es obvio, esta situación precisaba y precisa, aun hoy, de un corolario. Por ello, otro personaje, exclama: «Si no nos transformamos en pescados grandes estamos perdidos y para ello lo mejor es disfrazarse de extranjero, como hago yo, o apearse a un inglés, como hace usted en el humillante oficio de amanuense. Y es así como siguiendo este consejo, Nefalí Reyes, se apellidó: Pablo Neruda, en checoslovaco; Lucila Godoy, Gabriela Mistral, en provenzal; y Carlos Díaz Loyola, Pablo de Rokha, en fonética auténticamente extranjera.

A través de instituciones nacionales como «el remate» del mobiliario de una residencia, con motivo de la muerte de un gran señor, Edwards Bello, bucea y coloca nuevas placas sobre

el carácter chileno, en su linterna mágica. «El remate de los muebles de la casa—expresa—, fué el primero que ví de cerca. Se trata de una costumbre más que de una necesidad. Los remates satisfacen a diversas instituciones y dan de comer a no pocos parásitos. Proviene de la inestabilidad de las fortunas, aparte de la costumbre de ponerle precio a todo».

«Muchas personas—y sobre todo las mujeres—se acercan para curiosar y tener tema nuevo. Las que conocen solamente de vista a la familia que saca sus muebles en venta, aprovechan la ocasión para entrar en la casa, de uno a otro cuarto, hasta la cocina y los desvanes para enterarse de los secretos».

«Los martilleros hacen gala de horrible destreza para desmenuzar los hogares, sin dejar de ellos otra cosa que paredes vacías y pisos pelados».

«La casa queda destapada brutalmente a la luz de la curiosidad y de la avidez del público. Se dice que en la plaza de Greve, en donde se levantaba el tablado de la guillotina, hubo siempre una corrida de mujeres, llamadas «furias», o *tricotenses*, que aguardaban la llegada de los condenados. Así, en las ceremonias del remate se puede ver un público especial de «rematófilos» o avechuchos de presa cuya especialidad consiste en aprovechar objetos de aspecto dudoso» (Pág. 491).

De idéntico modo, no podemos resistirnos a transcribir dos máximas atribuidas al señor padre del personaje central de esta novela de índole autobiográfica. La primera, es verídica hasta el infinito. Ella explica la pésima calidad que siempre ha tenido la oposición política en Chile, salvo contadísimas excepciones. También dilucida la falta absoluta de altura, de convicciones de bien público de nuestros líderes, que sólo viven atentos al beneficio personal que se propusieron obtener al lanzarse en grandes y muy nobles programas. He aquí las mentadas máximas: «Todo chileno es enemigo de todo Gobierno... hasta que le dan empleo fiscal...» «Cada Presidente hace bajar el cambio dos peniques». (Pág. 471).

Finalmente, por la hermosura que involucran, por la fe en la cultura de que están transidas—fe contradictoria, si recordamos sus conceptos sobre la instrucción pública—, no podríamos cerrar la recopilación de este ideario, sin dar a la estampa las palabras con que Edwards Bello, subraya el valor fundamental de la sabiduría y el arte en las sociedades, premisa aún incomprendible para la casi totalidad de nuestros políticos. Expresa: «El crecimiento de Génova, de Venecia, de Marsella y de Barcelona depende en parte de la posición y en parte del patriotismo de sus hijos. Valparaíso, la ciudad del viento, ha sido albergue pasajero de la gente que cobijó. Nada queda para insinuar al viajero su esplendor comercial; no posee joyas de arte capaces de figurar en las guías del turista. En cualquier poblacho de Europa hay alguna torre, algún arco o acueducto revelador de las generaciones que pasaron. En Valparaíso no permanece nada. Una lectura de los epitafios en el cementerio nos hará saber que no quedó nadie; no hay una familia antigua en el puerto, como no sea de changos; ningún porteño célebre es hijo de porteños. ¿Y eso proviene de qué? De que el hombre de dinero no creyó en el arte. Solamente el arte atrapa a la gente y la hace permanecer; lo más sutil tiene la mayor fuerza para arraigar. No hay una maravilla de arte en el puerto. El hombre pasó como la manga de langostas y si me pidieran la definición de la arquitectura yo diría esta sola palabra: *calamina*. No se ve otra cosa, como para probarnos el carácter pasajero y transitorio de la ciudad. El rumor que arrulló nuestra cuna es aquel ruido del viento Sur cuando suena en las latas de los techos y los alambres del teléfono. Viento y lata». (Pág. 449).—ANTONIO DE UNDU-RRAGA.

■

UN HOMBRE SIN SUERTE. Cuentos, por **Benedicto Chuaqui**. Orbe

Benedicto Chuaqui es un escritor singularmente laborioso. Se inició en las letras hace cortos años, cuando ya un acervo